

1340
(PE)

37H
EDU
EDU

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Educación Social y Políticas Culturales

Coordinación de la edición a cargo de:

José Antonio Caride Gómez

Carmen Morán de Castro

Belén Caballo Villar

Francisco Xosé Candia Durán

Rita Gradaílle Pernas

Lucía Iglesias da Cunha

Pablo Angel Meira Cartea

Germán Vargas Callejas

Santiago de Compostela, 2000

Facultad de C. Educación
UNIV. DE SEVILLA BIBLIOTECA

Este volumen recoge las comunicaciones que un amplio conjunto de profesores e investigadores de Universidades españolas y portuguesas presentaron al **XV Seminario Interuniversitario de Pedagogía Social** "*Educación Social y Políticas Culturales*", celebrado en las ciudades de Santiago de Compostela y Pontevedra del 21 al 13 de septiembre de 2000, convocado conjuntamente por las Universidades de Santiago de Compostela y Vigo.

Los responsables de la edición manifestamos nuestro agradecimiento a todas las Entidades y Organismos que prestaron su apoyo al desarrollo de este Seminario, sin cuya decidida colaboración y patrocinio no habría sido posible esta publicación.

La educación permanente, un factor necesario para la democracia cultural y la participación ciudadana

Antonio Camacho Herrera
Universidad de Sevilla

Introducción

Las acciones culturales se encuentran dentro del grupo de actividades humanas que representan los esfuerzos de las personas, tendentes a la consecución de sus fines vitales para el desarrollo de su cuerpo y espíritu. Más tarde, nos encontramos con una serie de actividades instrumentales a través de las cuales los seres humanos satisfacen sus necesidades culturales, apareciendo las acciones de carácter económico que proporcionan los medios necesarios para la obtención de los fines deseados. Por tanto, las acciones culturales y las económicas no responden a comportamientos aislados, sino que se sitúan en un tejido de relaciones sociales que conforman un sistema global.

Es en este marco de relaciones políticas, sociales, económicas, culturales..., en el que nos desenvolvemos en la actualidad en nuestras sociedades, que, además, se encuentran articuladas por los medios de comunicación que están suponiendo un cambio en las mismas de primer orden, propiciando lo que algunos autores denominan como una crisis civilizatoria en los albores del nuevo milenio.

Es evidente que la educación permanente, como posibilitadora de adaptación del ser humano a las nuevas corrientes culturales y a los novedosos avances técnicos que están configurando unos nuevos modos culturales e incluso de relación y acción social, constituye un elemento imprescindible en la sociedad del siglo XXI. Toda la relevancia que se le otorgue a una educación para toda la vida es precisa, puesto que la tecnología nos demuestra a cada instante que lo que era novedoso ayer, mañana será obsoleto y que la utilización cotidiana de las nuevas tecnologías está contribuyendo a una nueva configuración de los espacios sociales y culturales.

Ante estas evidencias socioculturales, los procesos formativos continuos se tornan imprescindibles y se pueden llevar a cabo con una gran fluidez, si aprovechamos las plataformas cívicas que existen en la actualidad en nuestras sociedades y no nos centramos, exclusivamente, en el marco restrictivo de la institución escolar. Los movimientos sociales constituyen un espacio idóneo para implantar programas de formación permanente que contribuyan al desarrollo de una sociedad más justa y democrática. En este sentido, dentro de los movimientos sociales, podemos destacar la labor tan significativa que puede jugar el movimiento ciudadano o vecinal, como también se le denomina en algunos círculos, en la puesta en marcha de iniciativas sociales tendentes a la mejora de la calidad de vida de la población (Caride, 1999), contando con los recursos de la propia comunidad y con el concurso de la participación de la ciudadanía en cuantos proyectos se lleven adelante.

La participación ciudadana es el pilar fundamental sobre el que debe descansar una verdadera cultura democrática y popular. Son muy importantes los esfuerzos gubernamentales en toda Europa en beneficio de la democratización de la cultura y de acercar los espacios culturales a la ciudadanía. Sin embargo, esta labor no debe ofuscar la necesidad que tiene el movimiento ciudadano de propiciar, a través de la participación de la comunidad, el desarrollo de una cultura democrática, en la que sea la propia ciudadanía la que diseñe, elabore y ponga en marcha acciones culturales genuinas y emanadas de su actividad cotidiana.

Los Procesos de educación permanente en el movimiento ciudadano

La evolución social de bastantes sociedades de nuestro planeta, ha contado con la contribución incontestable del movimiento ciudadano para su transformación. Estos cambios sociales que se han generado, hubiera sido muy difícil realizarlos sólo desde las instancias gubernamentales, las cuales, en muchas ocasiones, constituían un freno para esas transformaciones. En este sentido, habría que decir que la labor realizada por el movimiento ciudadano no ha gozado de la proyección que hubiera merecido, lo cual está relacionado con diferentes elementos dependiendo de cada sociedad. Pero en el ámbito de la formación sí podemos afirmar que el trabajo realizado durante muchos años, ha favorecido la aparición de un substrato educativo y un saber popular en la ciudadanía que nos impulsa a considerar la existencia de un espacio educativo explícito del movimiento ciudadano.

En determinadas sociedades, sobre todo en las occidentales (Rodríguez-Villasante, 1995), los poderes públicos han estado más cercanos a la ciudadanía, elaborando marcos legislativos favorecedores de participación ciudadana, lo cual, por su parte, ha permitido el desarrollo de organizaciones sociales y la puesta en marcha en el seno de las mismas de actividades formativas. Estas normas reguladoras de la vida ciudadana las podemos concretar en las leyes de bases de régimen local o en los reglamentos de participación ciudadana confeccionados por los consistorios municipales.

Generalmente, el tejido asociativo de la comunidad basa su identidad social y cultural en el espacio geográfico en el que se encuentra inserto (Puig, 1999), lo cual le otorga una configuración como espacio educativo genuino. Teniendo en cuenta esto, podemos considerar la relevancia que algunas personas le confieren a los vínculos personales y sociales establecidos en su comunidad, que suele estar ubicada en un territorio concreto, los cuales refuerzan el orgullo de sentirse miembros de su pueblo, barrio o ciudad. Con estos elementos relacionales y algunos símbolos expresos de una determinada zona geográfica, se conforman las fronteras de la identidad ciudadana, lo que permite la vertebración de una cultura propia y una expresión emocional de barrio o pueblo. No obstante, el movimiento vecinal, como todos los movimientos sociales, han tenido tradicionalmente una visión internacionalista y no excluyente de las relaciones humanas, pero una cosa no debe obviar la otra y el sentirse identificado, de forma sana, con nuestro entorno más próximo y comprometido con su transformación y mejora, constituye una necesidad en estos tiempos que corren de dispersión y globalidad. Es preciso centrarse también en lo local.

Es cierto que el movimiento ciudadano se encuentra muy mediatizado por sus labores reivindicativas, que en ocasiones se centran bastante en la petición de infraestructuras para las zonas de su influencia. Sin embargo, el proceso reivindicativo está vertebrado de pequeñas actividades que son educativas, tanto para los promotores de las mismas, como para las personas que participan en ellas (Luque, 1995), ya que estos procesos modifican la conciencia colectiva y favorecen la organización comunitaria.

La autonomía es una característica peculiar del movimiento ciudadano y debe constituir su modelo más genuino. Mejorar las condiciones de vida de la población constituye una función fundamental de la participación ciudadana y ésta se consigue mediante la reactivación del tejido asociativo de los barrios y los pueblos, a través de las actividades que estos colectivos organizan y favo-

reciendo la puesta en marcha de las mismas. De este modo, se va construyendo una cultura de la vida cotidiana, porque es el propio ciudadano el que se convierte en actor social activo y favorecedor de la construcción de espacios vitales de mejor calidad y mayores posibilidades de vida en común.

Uno de los retos más significativos del movimiento ciudadano en la actualidad consiste en la adaptación que tiene que realizar a las nuevas situaciones sociales, puesto que los factores que generaron su aparición en España, durante los decenios de 1960 y 1970, se encuentran hoy en día obsoletos en una sociedad que ha sufrido cambios tan profundos. Por estas razones se debe mantener lo que distingue verdaderamente a las organizaciones que se encuadran en el mismo, como la participación, el protagonismo de la ciudadanía, la vertebración del tejido social..., y dejar atrás todos aquellos elementos que no son esenciales.

El desarrollo de propuestas formativas, sobre todo dirigidas a los más jóvenes e incluso a los niños, sería algo a plantearse por las personas que trabajan desde las asociaciones, porque de lo contrario estos espacios sociales, que se tornan constantemente en espacios educativos, se van a ir relegando a lugares donde exclusivamente acuden personas mayores. Esta última situación es la que se está viviendo en muchas asociaciones de vecinos, que comenzaron como verdaderas escuelas de democracia y al no renovarse convenientemente han alejado de su seno a los sectores juveniles, lo cual es de todo punto un error.

Las asociaciones deben organizar acciones que constituyan un servicio para la comunidad y en el campo de la formación cívica, por ejemplo, tienen un largo recorrido si trabajan adecuadamente. Pero para llevar adelante sus acciones es preciso que cuenten con un programa propio, sin influencias externas de partidos o grupos de presión, con lo cual se preserva la autonomía y se vislumbra algo genuino, sin influencias. Por otro lado, la participación ciudadana debe ser el eje sobre el que gire toda la actividad de la entidad y no convertirse en un freno para la misma, como sucede en bastantes casos, lo cual conlleva la distancia de la ciudadanía, en vez de la proximidad de ésta.

La educación permanente en estos espacios asociativos se realiza de forma cotidiana, en cada una de sus acciones y en la planificación y puesta en marcha de sus actividades. El movimiento ciudadano está intentando construir un modelo de civilización basado en la articulación y concertación de actores con intereses diversos y hasta opuestos, pero que confluyen en determinados objetivos que garantizan la igualdad y la libertad. La formación se genera más en

aquellas organizaciones que tienen una estructura más fuerte y una tradición más larga, puesto que muchas de las mismas tienen una gran debilidad en sus estructuras internas, debido fundamentalmente al carácter coyuntural de sus acciones, la verticalización de la toma de decisiones en los procesos internos y en la poca claridad de sus fines, lo cual determina un trabajo muy débil sobre el territorio.

En suma, los procesos de educación permanente pueden encontrar un espacio muy adecuado en el marco asociativo, puesto que en el mismo es frecuente la puesta en marcha de iniciativas culturales que constantemente están proporcionando elementos formativos para la población, además de los propios procesos reivindicativos del movimiento ciudadano que, en sí mismos, generan procesos de análisis y estudio de la realidad, que son educativos. Reducir la educación permanente a los límites de los centros de educación de personas adultas, constituye un error y una escasa visión socioeducativa, es conveniente tener una mayor amplitud de miras y vislumbrar espacios educativos en aquellos lugares en los que tradicionalmente se vienen originando acciones participativas y en los cuales no se había reparado desde el campo pedagógico hasta hace sólo dos décadas.

La necesidad de una cultura democrática emanada de la ciudadanía

El desarrollo de una democracia cultural desde la ciudadanía requiere la construcción de unos modelos sociales integrales, holísticos y comprensivos. Para que la misma pueda adquirir relevancia es preciso que exista un progreso social que clarifique cuales son los deberes y los derechos cívicos, propiciando el protagonismo de la ciudadanía desde posiciones de libertad, igualdad y justicia. En el movimiento ciudadano la cultura se reconstruye cada día, a través del diálogo y la convivencia social. Por tanto, no basta sólo con democratizar la cultura, sino que es preciso estimular la creatividad y la expresión de todos los grupos y organizaciones que configuran el tejido ciudadano.

La democracia cultural se desarrolla en el marco asociativo mediante diversas iniciativas ciudadanas, pero quizás una de las más significativas sea la animación sociocultural. Poner en marcha estrategias y metodologías de la animación sociocultural suele ser muy frecuente en el marco asociativo, de cara a facilitar la participación ciudadana en acciones de carácter puntual. Sin

embargo, si estas acciones culturales no dimanaran de la propia ciudadanía estimulando su originalidad y creatividad, no estamos ante verdaderos espacios de democracia cultural.

La democracia de la cultura debe tener un carácter integral, colectivo, pluralista y emancipador, por lo cual debe propiciar la transformación cultural de la comunidad, rescatando todos los valores positivos y tradicionales que puedan ser reconstruidos y favorecer la potenciación de la sociedad civil, para alcanzar una cultura más próxima al ciudadano. Es necesario que las iniciativas culturales que parten desde la ciudadanía puedan articularse con los procesos de desarrollo comunitario que se diseñan desde la propia comunidad o aquellos que son compartidos entre la ciudadanía y los poderes públicos. La intención de esto es provocar procesos de acción-reflexión, que han sido siempre característicos del movimiento ciudadano y favorecer la puesta en marcha de actividades en las que pueda participar, de verdad, la mayor parte de la población de un determinado territorio.

La democracia cultural en cada territorio debe favorecer el desarrollo del tejido social y asociativo, potenciar el asociacionismo existente, fomentar éste para que una gran parte de la población se sienta con conciencia de zona, barrio, pueblo o ciudad y participe de la marcha de su propio entorno. Incluso en aquellos lugares que tienen problemas de marginación y exclusión social, es necesario favorecer la participación ciudadana de todos los sectores sociales, para que todos se sientan orgullosos del lugar en el que viven y lo defiendan contra la estigmatización social que se sufre en estos ambientes, trabajando denodadamente por la mejora de las condiciones de vida de la zona, en colaboración, si es posible, con las administraciones públicas.

Si queremos que los barrios, pueblos y ciudades constituyan un espacio más vivible y humano, es preciso contar con la colaboración efectiva de la ciudadanía, sin dar falsas esperanzas participativas a la población, sino haciéndola partícipe de verdad de una toma de decisiones en la que se decida sobre aspectos verdaderamente importantes para el desarrollo cultural y social de la comunidad y no poniendo en marcha iniciativas, supuestamente ciudadanas, que no activan la participación, sino que la constriñen y entierran a través de mecanismos de cansancio y hastío que provocan estos sentimientos en los participantes, miembros del tejido asociativo de la comunidad, los cuales acaban por cansarse y marcharse. Con lo cual son ellos los que abandonan las mesas de intercambio de ideas y los consejos de participación ciudadana, no los ha

echado nadie, se han ido solos. Lo cual es cierto, pero no se les ha ayudado un ápice, para que puedan generar sus propias políticas culturales y pongan en marcha su creatividad y buen hacer, en beneficio de toda la población del territorio de que se trate.

Es necesario formar a la ciudadanía, sobre todo a los más jóvenes empezando por los niños, en el consumo ordenado de productos culturales, ya que la publicidad utiliza unos medios tan potentes que las iniciativas ciudadanas, por muy articuladas que se encuentren, no pueden competir con los altavoces tan potentes que utilizan, y que cada ciudadano tiene en su propio hogar, como son los medios de comunicación y especialmente la televisión. Es lamentable ver como los más pequeños piden a sus padres y madres la compra de determinados productos culturales que no se sabe bien si defienden valores humanos o todo lo contrario y que actualmente los podemos visualizar en esos dibujos animados japoneses, los "pokémon", pero anteriormente han sido otros y se comercializan de los mismos, todo tipo de objetos y productos seudoculturales (vídeos, vídeo-juegos, cómics...). Para esto, los poderes públicos en colaboración con el tejido ciudadano debe articular una serie de ofertas culturales que contrarresten este fuerte empuje publicitario y facilitar el acceso a niños y jóvenes al tejido asociativo de su comunidad, entusiasmando a los mismos con la puesta en marcha de iniciativas culturales que dimanen de su propia creatividad.

Si las administraciones públicas no inician cuanto antes un diálogo franco y sincero con los movimientos sociales, y en este caso con el movimiento ciudadano, sobre políticas culturales a desarrollar en la comunidad, de forma colegiada entre ambas partes, se va a perder una oportunidad magnífica para elaborar una cultura auténticamente democrática y no manipulada que defienda los valores emancipatorios de la población y que restituya el espíritu crítico que, en ocasiones, se ha perdido en algunos sectores sociales, como consecuencia de la pérdida de unos valores culturales tradicionales y la adopción de patrones culturales externos de dudosa viabilidad para la construcción colectiva de la cultura.

La participación ciudadana como generadora de movimientos culturales

El término participación ciudadana se utiliza con frecuencia en los movimientos sociales y especialmente en el movimiento ciudadano. También es una

expresión muy en boga en todos aquellos proyectos sociales, culturales y de desarrollo local que se llevan a cabo en la comunidad. Desde el campo de la animación sociocultural no se entenderían las estrategias que se utilizan, si no se pusieran en marcha procesos de participación ciudadana. En el ámbito del movimiento ciudadano se utiliza este término para expresar la facultad que tiene la población de decidir sobre algo. Es decir, se trata de decidir sobre determinadas cuestiones, no sólo estar presente para que decidan otros.

Los procesos participativos, y toda la literatura referente a los mismos, empiezan a tomar carta de naturaleza en el estado español a partir del decenio que se inicia en 1970 y algo similar sucede en Latinoamérica y Europa, aunque en estas dos regiones se inician procesos muy significativos en el decenio anterior. En el caso latinoamericano cuando se van poniendo en marcha proyectos de desarrollo comunitario, se considera como una cuestión vital en los mismos, la necesidad de que la población participe en ellos.

El incremento de la participación a partir de 1970 (Díaz, 1985), se debe a causas tales como:

- La falta de participación en los problemas que afectan a todos y que se deciden por parte de una minoría.
- La aparición de líderes centralistas que tienden hacia el despotismo y las corruptelas.
- La comprobación de que el factor más importante para el desarrollo es el ser humano y, en este sentido, las situaciones centralistas nunca han llevado al éxito.
- El agotamiento de la participación tradicional a través de los partidos políticos.
- La necesidad de colaborar con otras personas para llevar adelante iniciativas sociales, lo cual se torna más eficaz que las reivindicaciones en solitario.

Actualmente, la participación social se considera un asunto muy trascendente (Forni, 1988), porque la generalización de los medios de comunicación ha originado una mayor concienciación social sobre los derechos que tiene la ciudadanía, aunque también, como hemos intentado reflejar anteriormente, han servido para manipular a la población en múltiples aspectos. En este cambio de mentalidad han influido, además, diferentes escuelas de pensamiento que han intentado transformar al ciudadano en actor de su propia comunidad,

más que en espectador de la misma, convirtiéndose en una persona comprometida con su realidad inmediata.

Los procesos participativos conllevan el asumir de forma personal e institucional responsabilidades sociales, llegando este compromiso, en su grado máximo, a la esfera política, a través de los comicios en los que participa el pueblo soberano, el cual es capaz, también, de decidir sobre cuestiones culturales y originar procesos formativos amplios en los que participe desde el tejido asociativo.

La participación ciudadana se encauza mediante programas de acción, que proporcionan unos canales expresivos y decisorios que propician la optimización de la calidad de vida de la población. Uno de los instrumentos para esta mejora es la puesta en marcha de iniciativas culturales, diseñadas desde las diferentes asociaciones y entidades que jalonan una comunidad y que entre todas constituyen una malla cultural en la que pueda participar toda la población.

Este trabajo comunitario en beneficio de la democracia de la cultura, facilita que la ciudadanía se encuentre participando en acciones organizadas, de forma sistemática y conjunta en asociaciones específicas en las cuales las personas pueden tomar decisiones de manera directa, mediante la expresión de necesidades o la formulación de objetivos. Además, hay autores (Nanzer, 1990) que consideran que la mayor participación ciudadana en la sociedad, en la cultura y en la educación está contribuyendo a la revolución social más extensa de la historia, aunque la misma sea casi imperceptible.

La puesta en marcha de iniciativas culturales, genera la participación ciudadana y la configuración en redes de entidades dedicadas a la transmisión de valores culturales. En esta línea, podemos señalar algunas acciones que se han llevado a cabo en todo el Estado, pero por indicar algunas tendríamos una buena expresión en la Coordinadora de Asociaciones Culturales de Madrid (COACUM, 1994) que durante el decenio de 1990 ha llevado una actividad cultural amplia en toda la ciudad, propiciando la participación social en el diseño y puesta en marcha de programas culturales dirigidos a la comunidad. Muchas de sus actividades se han difundido a través de periódicos y revistas alternativas como "El Nudo de la Red", publicación ésta que ha editado multitud de artículos redactados desde las diferentes entidades que configuran el movimiento ciudadano de la ciudad.

Otros movimientos culturales en Andalucía, los encontramos en muchas entidades que trabajan por el desarrollo de la cultura andaluza y que, en bas-

tantes ocasiones, tienen serias dificultades para su financiación, puesto que las actividades culturales que llevan a cabo no cuentan con una gran difusión o por una falta de coordinación efectiva con otras entidades del movimiento ciudadano. Nos referimos a las peñas flamencas que son asociaciones pequeñas ubicadas en diferentes barrios de las ciudades y pueblos de Andalucía y que están llevando a cabo una labor importante para la recuperación, desarrollo y extensión del cante flamenco en nuestra comunidad autónoma. La coordinación entre todas ellas y las actuaciones de aficionados y figuras consagradas del cante permiten la supervivencia de un estilo de flamenco puro, sin aditivos y sacando al exterior las peculiaridades del "cante jondo". Sin embargo, estas actividades no tienen la dimensión que pudieran llegar a tener, precisamente porque estas asociaciones, en algunas ocasiones, no se encuentran en el seno de las acciones que lleva a cabo el movimiento ciudadano en su totalidad.

En la misma línea anterior, podríamos destacar como las acciones llevadas a cabo por el movimiento asociativo, pueden ser asumidas por entidades que aparentemente no participan de la vida reivindicativa ciudadana. Así, en la vertebración asociativa que se produjo durante 1989 a 1992 en un barrio de Sevilla, denominado Polígono Sur (Camacho, 1996), participaron todas las asociaciones del mismo independientemente de sus fines sociales y, de este modo, las peñas béticas y sevillistas, que son irreconciliables en el ámbito futbolístico, colaboraron de forma unitaria en la lucha por la mejora de las condiciones de vida de esa zona de la ciudad que tenía en esos momentos unos sesenta mil habitantes. Con lo cual se puede inferir que cuando el movimiento ciudadano se abre a todo tipo de entidades y éstas participan ilusionadamente en acciones que pueden ser positivas para su comunidad, se produce la participación efectiva de todo el tejido asociativo de la zona.

Alternativas y propuestas

A través de nuestro trabajo en determinadas plataformas ciudadanas, desde hace bastantes años, encuadradas en el movimiento vecinal, hemos comprobado como aparecen procesos formativos cercanos a la educación no formal e informal. Ejemplos concretos de esta aseveración, los tenemos en la multitud de cursos y cursillos que desde las entidades asociativas se organizan para despertar en la ciudadanía la conciencia sobre diferentes temas: salud, educación, servicios sociales... Algunos de estos cursos se han realizado en colaboración con determinadas instituciones gubernamentales, obteniendo al final de los

mismos un certificado de participación. Con lo cual, estaríamos ante una educación no formal muy cercana al ciudadano.

Es evidente que, en estos últimos años, muchas asociaciones están organizando actividades de este tipo, pero con un interés de captar fondos de diversos organismos locales, provinciales, autonómicos, estatales o de la Unión Europea y, también, con la intención, loable, de hacerlos llegar a la comunidad en la que se encuentran insertos. Pero en estos casos, ya se está perdiendo la participación generosa, en el sentido de asistir a las sesiones de trabajo, con el objetivo exclusivo de aprender sobre un determinado tema y sin el revulsivo de obtener un certificado que, posteriormente, va a servir para engrosar el currículum y quizás obtener un empleo o mejorar en el que tengamos. Esta cierta mercantilización de la formación permanente en el marco asociativo no es la que nosotros propugnamos, sino aquella otra que parte de la necesidad de aprender, de la capacidad de generar proyectos culturales desde la comunidad y de la satisfacción profunda por realizar actividades en la comunidad en la que uno vive y no sólo cohabita.

Pero para que estas acciones formativas puedan desarrollarse desde el tejido social y las asociaciones, es preciso que la ciudadanía participe en la vida colectiva de la comunidad, para lo cual es necesario el desarrollo del asociacionismo, porque a través de las actividades asociativas se despierta en la población la concienciación, capacitación y organización comunitarias. Sin embargo, estos elementos que parecen fáciles de implantar en la mente de la ciudadanía, son hartamente difíciles y la población necesita una formación participativa que no tiene, pero que puede adquirirse (Pérez, 1999), desde el propio movimiento ciudadano. Esta educación ciudadana genera el despliegue de capacidades sociales que si se dirigen convenientemente, hacen aflorar recursos comunitarios y éstos facilitan la transformación del territorio.

Finalmente, señalar que abogamos por propiciar la toma de conciencia sobre el propio espacio social, ya que esto va a suponer el trascender nuestra visión individual de las cosas hacia una dimensión comunitaria. Esto propicia que los sujetos implicados en las acciones sociales se capaciten adquiriendo recursos que van a posibilitar el inicio y desarrollo de las propuestas sociales que se hayan elaborado. Con lo cual, este trabajo va a generar la organización comunitaria, facilitando a la ciudadanía el afrontar los problemas del entorno de forma colectiva, consiguiéndose mejoras más amplias para nuestro espacio social. Con todo lo anterior, se posibilita que la comunidad decida de forma

colectiva, cuales son las acciones que tiene que llevar a cabo para transformar su realidad. Si se consiguen todos estos supuestos, la comunidad estaría preparada para movilizarse y realizar acciones colectivas que propiciarán una mejora en la misma, tanto en el marco social, como económico o cultural.

Referencias bibliográficas

- CAMACHO, A. (1996): *Movimiento vecinal y cambio social. Un enfoque sociopedagógico*. Tesis Doctoral, Departamento de Teoría e Historia de la Educación y Pedagogía Social de la Universidad de Sevilla.
- CARIDE, J.A. (1999): "Administraciones públicas y movimientos sociales. Redes para la ciudadanía y la democracia cultural". En PÉREZ, G. (coord.): *Administraciones públicas y movimientos sociales*. Sevilla: Consejería de Relaciones con el Parlamento, Junta de Andalucía, pp. 17-47.
- COORDINADORA DE ASOCIACIONES CULTURALES DE MADRID (1994): "¿Qué es una asociación? Nuestros derechos y la Constitución Española". *El Nudo de la Red*, nº 22, pp. 11-15.
- DÍAZ, J. (1985): *Participación y sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.
- FORNI, F. (1988): *Formulación y evaluación de proyectos de acción social*. Buenos Aires: Humánitas.
- LUQUE, P.A. (1995): *Espacios educativos. Sobre la participación y transformación social*. Barcelona: EUB.
- NANZER, Á. (1990): *Cultura y desarrollo nacional. Investigación, diagnóstico, regionalismo, planificación y acción participativa*. Buenos Aires: Humánitas.
- PÉREZ, G. (1999): "Introducción". En PÉREZ, G. (coord.): *Administraciones públicas y movimientos sociales*. Sevilla: Consejería de Relaciones con el Parlamento, Junta de Andalucía, pp. 7-16.
- PUIG, T. (1999): "Dinamización de asociaciones y gestión de recursos en las organizaciones no lucrativas". En PÉREZ, G. (coord.): *Administraciones públicas y movimientos sociales*. Sevilla: Consejería de Relaciones con el Parlamento, Junta de Andalucía, pp. 251-274.
- RODRÍGUEZ-VILLASANTE, T. (1995): *Las democracias participativas*. Madrid: H.O.A.C.